

CUADERNOS DE HISTORIA 41

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2014: 133 - 154



“CUANDO ARDÍA LA HUASTECA”: JOSÉ ZÚÑIGA FLORES, DEFENSOR AGRARIO DE LA CENTRAL CAMPESINA INDEPENDIENTE, MÉXICO (1963-1986)*

*Michel Duquesnoy***

RESUMEN: La Huasteca, vasta región geográfica, cultural y económica del este de México, es sin duda un lugar plétórico tanto en historias múltiples (buenas y dramáticas) como en experiencias enriquecedoras.

Durante mis investigaciones en esta región, tuve la oportunidad de conocer a don José Zúñiga Flores, un exmilitante agrario inscrito en las filas de la Central Campesina Independiente (CCI), quien estuvo a cargo, a nivel regional, de la defensa de los campesinos en las décadas de los 60 y 70, época turbia de la historia de la Huasteca debido a las reivindicaciones territoriales y a sus consecuentes represiones.

En este estudio proponemos una reflexión sobre la región, siendo la historia de vida del militante agrario José Zúñiga Flores un pretexto para una incursión más extensa en el delicado tema de la situación de los campesinos en México.

PALABRAS CLAVE: Huasteca, Central Campesina Independiente (CCI), campesinado mexicano, militancia agraria (José Zúñiga Flores).

* El autor agradece el Programa PROMEP (México) que financió su investigación entre 2008 y 2010. Referencias del proyecto: PROMEP-38/Rev-03, “Antropología política: organizaciones políticas entre los nahuas del municipio de San Felipe Orizatlán, Hidalgo. Y sus formas de dialogo con los tres niveles de poder”.

** Doctor en Antropología, Investigador de la Universidad Bernardo O’Higgins, Observatorio de Paz y Seguridad (ORPAS), Santiago, Chile. Correo electrónico: michel.duquesnoy@ubo.cl

“WHEN WAS BURNING THE HUASTECA”: JOSE ZÚÑIGA FLORES, AGRICULTURAL DEFENDER OF THE CENTRAL CAMPESINA INDEPENDIENTE, MEXICO (1963-1986)

ABSTRACT: La Huasteca, vast geographical, cultural and economic region of eastern Mexico, is certainly a plethora exquisitely in multiple stories (good and dramatic) and enriching experiences. During their research in this region, the author had the opportunity to meet Don José Zúñiga Flores, an old militant agrarian enrolled in the ranks of the Central Campesina Independiente (CCI), who was also responsible for regional defense of the peasants in the decades of the ‘60s and ‘70s, during a time it murky history of the Huasteca due to land claims and their consequent repression.

The text presented here is a reflection on the region, being the life story of the militant agrarian mentioned a pretext for a more extensive foray into the sensitive issue of the situation of farmers in Mexico.

KEY WORDS: Huasteca, Central Campesina Independiente (CCI), mexican peasants, agrarian militancy (José Zúñiga Flores).

Recibido: noviembre 2013

Aceptado: agosto 2014

A don José, imperturbable defensor de la causa campesina en la Huasteca hidalguense

A Antoine Gallez, mi abuelo, luchador político entre los mineros del Borinage (Bélgica)

“Mire. Yo hice eso porque quería levantar a mi gente... Yo no tengo nada. Mire en qué vivo...”

Don José Zúñiga

Introducción

En la Huasteca, vasta región geográfica, cultural y económica del este de México, el antropólogo encuentra temas, eventos, fenómenos y actores fascinantes para llenar sus notas de campo, aunque no logre satisfacer plenamente su apetito. En efecto, esta región se caracteriza, desde tiempos muy remotos, por una complejidad que solo tiene rival en su diversidad. A lo largo de la investigación, numerosos han sido los encuentros y sorpresas que nos deparó el camino. Entre estos, la amistad y familiaridad entablada con don José Valentín Zúñiga Flores, vecino del municipio de San Felipe Orizatlán, ubicado en el noreste del estado de Hidalgo.

Estos vínculos solo se pueden crear entre las alegrías infinitas que la experiencia de campo antropológico facilita. Entre otras cosas, don José, como persona ya muy anciana, poseía una energía envidiable, aportando luces imprescindibles para nuestra comprensión social y cultural de la Huasteca, debido a su innegable memoria, escrupulosa en detalles todavía vivos en su conciencia más que en las fechas. Pero también a su lucidez alerta. Ambas cualidades permiten a José Zúñiga abarcar con una precisión inigualable una larga trayectoria de la historia de la Huasteca hidalguense, del municipio de San Felipe Orizatlán y vecinos. Desde sus ochenta y más años, este activista excepcional contempla su tan querida región con una mirada realista que matiza un optimismo mesurado contrabalanceado por un pesimismo creciente. A la luz de sus informaciones, intentaremos ilustrar directa e indirectamente esta última afirmación.

Nuestro personaje decidió librar gratuita y voluntariamente un combate desinteresado contra el olvido o el desdén que los políticos manifestaban hacia la región y su gente (esencialmente indígena), golpeados por altas tasas de desempleo y niveles de pobreza insostenible; contra la lógica mercantil y contra las injusticias que agobiaban a los campesinos huastecos¹ tal como las experimentó en carne propia desde su niñez. Estas y otras circunstancias llevaron don José a aceptar, con plena sagacidad, esta terrible constatación de Armando Bartra: “los campesinos son anacrónicos y utópicos: una clase desahuciada por la economía y por la historia, condenada a muerte en todos los tribunales de la modernidad”².

Zúñiga llega, “casi por azar”, a las jerarquías de la Central Campesina Independiente³ (CCI) recientemente creada (1963), durante el gobierno de Adolfo López Mateos (1958-1964), perturbado por varios movimientos sociales. Le sucederá el mal afamado Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970).

“Los campesinos pensaban que les iba a apoyar porque andaba el rumor de que iban a invadir los terrenos y pensaban que yo era de eso, eso de defenderles. Solo porque me quedaba a escucharles”. Ahora bien, opuesto a los grupos que

¹ Con fecha del 22 de enero de 2013, hay un ejemplo de esta aseveración en el periódico español *El País*: “Tortilla y salsa picante para llenar el estómago”. http://internacional.elpais.com/internacional/2013/01/21/mexico/1358804484_325889.html (consulta el mismo día). Recordemos que este estado es paradójicamente el que gobernó Miguel Ángel Osorio Chong, el hoy Secretario de Gobernación del presidente priista Peña Nieto, electo el 3 de julio de 2012.

² Bartra, Armando, “Sobrevivientes. Historia en la frontera”, *Globalización, crisis y desarrollo rural en América Latina*, UACH/ALASRU/Colegio de Postgraduados, Chapingo, 1998, pp. 1-25.

³ Consúltese: <http://www.cen-cci.org/>.

propugnaban una acción radical y violenta, se traslada hacia México “donde saqué mi credencial [de afiliado a la CCI] con don Alfonso Garzón (fallecido en 2007). Ahora sí, dije, le voy a entrar al toro”. Decidido, tercamente idealista con un innegable toque de humanitarismo, se aparta de las filas *ceceístas* durante la presidencia de Miguel de la Madrid (1982-1988), “desmoralizado (...) sin sueldo, ahí fue lo que más me amoló porque yo con familia y sin sueldo tenía que buscarle adonde ganar”. En efecto, la situación se volvió endeble: su esposa y sus numerosos hijos experimentaron diversa carencias, tensiones, hostigamientos, amenazas y vejaciones. Preocupado por la justicia y el bienestar de los campesinos que supervisará, se opondrá siempre con determinación a las llamadas “invasiones”.

Debemos precisar que este trabajo no pretende analizar a fondo los temas que tocará con una levedad voluntariamente controlada. Los contenidos de sus varios apartados pretenden brindar una información suficiente para entender la acción del militante y defensor de la lucha campesina José Zúñiga. Tampoco será el lugar y la intención para aportar análisis novedosos. Es una elección quizá deplorable y seguramente criticable. No obstante, nos ampararemos detrás del espinoso género de la historia de vida que sirve de pretexto a varias de nuestras consideraciones. En el mejor de los casos, esperamos aprovechar las múltiples pistas que nos ofreció nuestro protagonista y esbozar una reflexión suficiente comprensible. Es menester dejar sin equívoco una laguna metodológica independiente de nuestra voluntad. No pudimos consultar archivos y documentos personales de Zúñiga, pues, como señaló, “al paso del tiempo se pudrieron porque puse todo eso en un caja de cartón y se pudrieron, les picó el gorgojo y de plano, me desmoralicé”. El clima de la zona actúa en contra de los archivos personales y oficiales (aunque, en este último caso, la consulta depende mucho de la benevolencia de las autoridades electas, como lo pudimos constatar con la falta de decisión para permitirlo de quien fuera presidente municipal, Manuel de Jesús Morales Palacios, entre 2009 y 2012).

Es un deber agradecer a don José por su infatigable delicadeza, tolerancia y paciencia frente a la serie de entrevistas, todas largas, a las que se sometió con determinación y buen humor. Igualmente, por las numerosas horas de discusión, los varios contactos así como las cadenas informativas que proporcionó y sus tan necesarias recomendaciones.



Don José Valentín Zúñiga Flores (14/02/1927- ...)
(Marzo 2009. Acervo personal. Con permiso del interesado y su familia)

*Consideraciones breves en torno a los movimientos campesinos*⁴

Arturo Warman⁵ proporciona una definición instrumental de los movimientos campesinos útil para nuestro interés:

Son aquellos que se originan, reclutan y sustentan en el medio rural y establecen demandas, implícitas o programáticas, orientadas a lograr la persistencia y crecimiento de los grupos de productores, que a partir de una base territorial, tienen una autonomía relativa en la realización de los procesos productivos” en

⁴ Don José no fomentó un movimiento campesino, pero sí, sin lugar a duda, protagonizó demandas concretas, hecho que le valió numerosas sospechas y represiones. De cierta manera, Zúñiga parece haber sido una suerte de “electrón libre”, atento a las consignas de la jerarquía que servía lealmente pero bastante independiente en sus objetivos y maneras para alcanzar su logro. Entiéndase: defender al campesino. Vale señalar que él acude a nuestra interpretación acerca de su quehacer político y social.

⁵ Referencia, véase nota siguiente. Hemos citado la página 16.

contextos de explotación y de subordinación política con el objetivo de que “su lucha pretende la reproducción social de una clase específica⁶.”

Sin duda, todos los elementos mencionados por Warman se encuentran en las problemáticas sociales del campo en la Huasteca hidalguense. El reparto agrario nunca se realizó de manera satisfactoria –cuando se cumplió– y todo indica, al contrario, que la burocracia y la corrupción, tanto nacional como local, desviaron las demandas al callejón del olvido. Es más, la relativamente democrática Central Nacional Campesina (CNC), no obstante organización oficial, parece haberse deslizado en interminables conflictos internos y en contradicciones operativas atizando la desesperación y el enojo del sector campesino⁷. De ahí en parte, la aparición de los organismos del todo independientes (y, en el caso de Zúñiga, sus sospechas justificadas por la recuperación-mutación de la CCI en CCI-PRI⁸). Cabe señalar que estos movimientos son sociales porque se enraizan en el devenir habitual, entiéndase “social”, de las comunidades agrarias. Sus reivindicaciones revelaron sus efectivas condiciones cotidianas marcadas por una calidad de vida estropeada por la escasez o inexistencia de acceso a la tierra y a las comodidades favorables a su reproducción social y cultural.

Por otra parte conviene considerar, a la par de esta preocupación propiamente económica para la subsistencia, los aspectos meramente políticos que animaron las demandas campesinas.

En efecto, de un lado, en las épocas en las que el PRI fungía prepotentemente como partido de Estado, los controles ejercidos por los sucesivos gobiernos priistas pasaban principalmente por las organizaciones oficiales. “Generosamente” el Estado distribuía a su conveniencia sus “bondades” para mantener, como se sabe, una relativa paz social en un campo proveedor de los insumos necesarios al despegue industrial de México. Campo siempre más afectado por la mala redistribución de las riquezas acumuladas por el sector industrial y el de la extracción de los minerales.

Por otra parte, los campesinos tenían que componer con los pudientes caciques locales, personajes ineptos y crueles, encabezando una clase de terratenientes

⁶ Warman, Arturo, “La lucha social en el campo de México: un esfuerzo de periodización”. En Pablo González Casanova (Coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, Tomo 1, Siglo XXI/IIS-UNAM, México, 1984, pp. 14-39.

⁷ Don José revela que “la CNC por aquí era encubridora de latifundistas, [en sus juntas] llegaban con sus buenos carros último modelo y sombreros y nosotros [CCI] a pie con las varas y los cartelones”.

⁸ O sea, controlada abiertamente por el partido hegemónico, el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

capitalistas, cuyos privilegios eran del todo protegidos por el propio régimen político. En realidad, bajo este tenor, las luchas agrarias revelaron una intensa disputa por el poder, o mejor dicho, en contra de un poder casi absoluto orquestado por “pequeños dioses impunes” en sus dominios. Para mantener su subsistencia, los campesinos se vieron obligados a comprometerse en combates políticos bastante ajenos a sus realidades cotidianas. Ofensivas de las que sacaban, a decir verdad, muy pocos beneficios y bastantes sufrimientos. Cuando empezó a agotarse el modelo hegemónico, la crisis económica de los setenta afectó los ingresos de la mayoría de los mexicanos. La difusión de otros movimientos reivindicativos (como el estudiantil del 68, o como la revolución castrista en Cuba, por ejemplo) fue seguramente uno de los motores favorables a la toma de conciencia por los campesinos de sus derechos así como de la necesidad de emprender una lucha que, en su caso, llegaría a ser violenta. Ya en estos tiempos de la segunda mitad del siglo XX, el campo mexicano no aguantaba más. Empezaron a rechazar las propuestas oficiales inoperantes, de las que desconfiaban y empezaron a agruparse en asociaciones independientes⁹. Se exacerbó, como si fuera poco, una competencia social para los que buscaban un incremento de su calidad de vida con mejores empleos, salarios dignos, viviendas, parcelas, acceso al crédito o educación decente. Los conflictos gestados desde un buen tiempo atrás solo esperaban el momento propicio para detonarse.

Cultura política, campesinos y poder. En torno a la experiencia de don José

En el fondo, la aseveración no extrañará a los que conocen bien la zona: la Huasteca detenta un acervo cultural imprescindible que, con paciencia y esfuerzos, los estudiosos contribuyen a dar a la luz. Colateralmente la región demuestra una cultura política sui generis tal vez insuficientemente documentada todavía. Intentaremos esbozar unos lineamientos de la misma desde la óptica peculiar de los movimientos sociales y específicamente agrarios que aparecieron en los años sesentas. Todos a su manera mantuvieron relaciones con el poder. José Zúñiga, propulsado secretario general de la CCI para el distrito de Huejutla, Hidalgo, antes de ser nombrado al cargo de secretario general por el estado de

⁹ Según Rojas, “el movimiento campesino independiente tuvo su origen en la lucha de los jornaleros agrícolas por la tierra, por ser precisamente en el sector de asalariados donde la corporativización estatal había sido más débil”. Rojas Herrera, Juan José, *Auge y decadencia del corporativismo agrario en México. 1934-1997*, Universidad Autónoma de Chapingo, Chapingo, 1998, p. 13.

Hidalgo en el tiempo del presidente Luis Echeverría (1970-1976), función que, sea dicho de paso, no ejerció, propició varios reclamos de carácter esencialmente social. En efecto, él se mostró durante largos años convencido de la ideología revolucionaria del partido hegemónico PRI¹⁰ para que le concediera buena parte de convicciones casi religiosas. Empero, observador atento de los juegos de poder, siempre mantuvo relaciones complejas con los círculos del mando utilizando hábilmente los contactos jerárquicos que su oficio le obligaba mantener.

Arriesguémonos en proporcionar una definición sumaria del concepto de cultura. La cultura son las creaciones sociales, actividades y producciones intelectuales, abstractas, simbólicas y materiales que realiza el ser humano en sociedad. Son sus maneras de conceptualizar y concretizar la vida, el mundo natural y sobrenatural. Por lo tanto, la cultura organiza el conjunto social y de cierto modo la controla a través de mecanismos complejos de equilibrio y conflicto.

Si aceptamos la definición anterior, es obvio que son numerosos los dispositivos favorecedores de modificaciones que responden a contextos externos e internos, históricos y sociales capaces de transformar la estructura sociocultural de una sociedad en particular. Ello con el fin de articularla con un entorno a su vez en perpetuo movimiento y con el que mantiene dudosos intercambios. En este tenor, sin ahondar en los a priori culturalistas, se admite que la cultura modela las prácticas sociales. Puede ser tanto un poderoso instrumento de dominación, control y explotación, como un dispositivo inesperado de contestación y reivindicación. En breve, un sistema social engendra los medios que le mantiene y secreta los gérmenes de los trastornos que le modificarán.

La realidad social y política tormentosa vivida por los huastecos –independientemente de su afiliación social y/o étnica– ha contribuido sin lugar a dudas a fomentar una cultura política peculiar cuyos tumultos, eso dicho entre paréntesis, se hacen sentir en el presente de cada uno de los vecinos de los municipios que conforman la región. Sus diversos actores a lo largo de su historia se han enfrentado o aliado entre sí y con los varios estratos del poder regional y/o nacional (o colonial) para que sus intereses y demandas fuesen aprobadas y avaladas por los que decidiesen los proyectos políticos a favor de la Huasteca.

¹⁰ “El PRI, afirma en varias oportunidades, no es un mal partido. Porque se preocupa de la gente humilde. Son malos los que le dirigen. Hay mucha corrupción. Y eso perdió al partido”. Tal aseveración refleja por sí sola a varias generaciones de mexicanos dócilmente formados en la ideología priísta que el movimiento #YoSoy123 ha rechazado firmemente desde la segunda fase de la campaña electoral del 2012.

Fuera de estos a priori conceptuales, podemos arriesgar una definición mínima de “cultura política”. Serían los valores, normas, actitudes, acciones y creencias acerca del régimen político¹¹ y del sistema político¹². La cultura política abarca sin sorpresa las expectativas, reclamos, demandas y programas susceptibles de gestionar lo más armoniosamente posible los conflictos inherentes a las varias capas sociales de la comunidad. No obstante, la cultura política no es necesariamente dinámica. La observación muestra la existencia de culturas políticas apáticas e indolentes. Remite en todos los casos a una estructura cultural más amplia en la que los constreñimientos históricos, económicos y sociales favorecen o no, el fortalecimiento (o el debilitamiento) del capital cultural político de un grupo social a un momento dado de su caracterización. En breve, la “cultura política (es) el conjunto de signos y símbolos que afectan las estructuras de poder”¹³. Es decir, al evocar las estructuras de poder, se refiere tanto a la arena como al juego político.

Existe una correlación profunda, hasta íntima, entre la cultura política y los actores. Por ende, los individuos de un conjunto cultural peculiar que moldea su acción (o inacción) política dentro del sistema político, sus comportamientos y sus expectativas como grupo son agentes imprescindibles del sistema. Las confrontaciones y contradicciones caracterizan los movimientos, alcances y fracasos de las colectividades que militan para alguna causa similar, si no común. Pues comparten elementos y esperanzas presuntamente originales.

En la Huasteca, al igual que en otros lugares con “riesgo” de conflictos sociales, la cultura política de los campesinos¹⁴ se ha forjado, entre otros

¹¹ Por “régimen político” se entiende “una forma de existencia del Estado que depende de la correlación de fuerzas sociales y políticas en un país y en un momento dados, además de ciertas tradiciones que tienen que ver con una cultura política generalizada aunque no siempre asumida como tal”, según Rodríguez Araujo, Octavio 2009, p. 254, “Metamorfosis del régimen”. En Octavio Rodríguez (Coord.), *México ¿un nuevo régimen político?*, México, Siglo XXI, pp. 253-294.

¹² Definiríamos “sistema político” como la estructura compuesta de actores, partidos, tradiciones, y reglas que ordenan las tensiones externas e internas de un régimen político particular en un segmento de su historia (Definición propia).

¹³ Varela 1993, p. 140, “Los estudios recientes sobre “cultura política” en la antropología mexicana”. En Esteban Krotz (Coord.), *El estudio de la cultura política en México. (Perspectivas disciplinarias y actores políticos)*, CONACULTA/CIESAS, México, 1993, pp. 73-145.

¹⁴ Nos referiremos al sector campesino “como el conjunto de ejidatarios, comuneros y pequeños propietarios que, a diferencia de los empresarios agrícolas, organizan su actividad productiva no solamente en función del lucro o la ganancia, sino también tomando en consideración la integración social de los núcleos agrarios en sus comunidades”. (Rojas 1998, op. cit., p. 17, nota 1). Lo que les obliga adoptar una estrategia asociativa y de apoyo mutuo.

factores, en la realidad cotidiana, así como, cuando existían, en los círculos¹⁵ políticos y en las corporaciones agrarias, oficiales o no, como la CNC, CCI, Antorcha Campesina, UNORCA, entre otras. Don José llegó a fortalecer su cultura política propia como partidario del PRI primero, y luego por su adhesión a la CCI a principio de los años 60. Aprendió rápidamente a moverse dentro de las arcanas del autoritarismo estructural del dinosaurio hegemónico. Pudo demostrar bastante agilidad entre los personajes cercanos al aura presidencial como en los círculos corporativos y caciquiles. Sin embargo, nunca se opuso *directamente* a la jerarquía política y partidaria. Fue, en suma, un dócil servidor de un sistema que dice haber respetado a pesar de sus incongruencias e injusticias manifiestas en la región que recorría paciente e incasablemente. La recorría para detectar, con y a partir de los campesinos, los problemas e iniquidades que a él se le reportaban con el objetivo de buscar soluciones eventuales ahí donde lo posibilitaba la Central Campesina Independiente, creada en 1963 y competidora de la Confederación Nacional Campesina¹⁶ (CNC). Por lograr este objetivo movilizó, tanto como fuera posible, las ramificaciones políticas de la CCI. La cuestionable cultura de la corrupción propia de los gremios políticos campesinos le hizo oponerse con determinación y terquedad a la violencia y a la explotación. El costo que tuvo que pagar se materializó en numerosas humillaciones sufridas y sacrificios irreversibles afrontados por su familia¹⁷.

A pesar de estos males perennes en el ejercicio del poder en México, nuestro luchador social nunca demostró fallas ningunas en la confianza que depositó

¹⁵ Estos pueden ser con evidencia tanto formales como informales.

¹⁶ Rojas explica la incapacidad por parte de la CNC “de garantizar la estabilidad social en el campo mexicano, ni era tampoco capaz de actuar como reproductora del discurso oficial sobre la agricultura, dada su *pérdida de legitimidad* entre los agricultores de los ejidos y comunidades” (Rojas 1998, op. cit., p. 89. Énfasis nuestros). Además, la CNC se veía debilitada por sus propios conflictos internos y luchas por asumir el poder directivo.

¹⁷ Fue encarcelado durante cuatro meses y diecisiete días, en la ciudad de Pachuca, ello en el más completo secreto, aguantando condiciones inhumanas “donde nada más para respirar uno mete la nariz en un agujero, sin poder recostarse, ni levantarse”. En varias ocasiones se tuvo que esconder durante tiempos prolongados, dejando a su esposa y sus hijos a su triste suerte. Tenía que organizar reuniones secretas en el bosque o el campo, etc. En realidad debía escaparse de los pistoleros a cargo de los terratenientes locales o de los agentes estatales que tenían orden de arrestarlo. En el caso de su detención en secreto, don José es perfectamente consciente de que debe su suerte a la amistad que le ligaba a don Alfonso Garzón, entonces Secretario Nacional de la CCI, creada en 1963. En efecto, don Alfonso se portó garante del preso que solo había defendido a unos indígenas que fueron cruelmente pegados por haber reclamado justicia territorial. Enfatiza al respecto don José: “Eso pasó por la cosa de los terrenos, en ese entonces estaba Sánchez Vite de gobernador. Había mucho dinero de por medio y naturalmente ¿qué busca el gobernador? Busca dinero, no busca el beneficio de las comunidades que pertenecen a los municipios”.

en el PRI, “único partido a favor de los campesinos”, afirma, menos en los presidentes de turno que en unas ocasiones tuvo el privilegio de encontrar directamente, tales como “don” Díaz Ordaz o “don” Luís Echeverría, cuyos nombres pronuncia religiosamente. Enfatiza el mismo respeto cuando menciona a los gobernadores del estado de Hidalgo en ejercicio en los decenios de su oficio en la CCI. Él conocía la dura y cruda realidad de un régimen familiarizado con el encarcelamiento, la represión, la violencia y la desaparición de los opositores. “Son los dirigentes que hicieron todo eso”, asevera refiriéndose a los estratos intermediarios de la cúpula del partido¹⁸. Al oír la represión contra el pueblo Triqui de Oaxaca, en 2009, comenta: “Nunca nada cambiará porque en este país hay mucha injusticia. Los campesinos no somos nada. No interesamos a nadie”. Confesiones que, en nuestra opinión, traicionan el trasfondo crítico de las observaciones que porta sobre el PRI, en particular y el ejercicio del poder en México, cualquiera sea el estandarte partidista del Ejecutivo.

Cultura política en el agro mexicano

No es de extrañar, la cultura política mexicana no es homogénea, probablemente a causa de la complejidad histórica, social y cultural del país. Se ve atravesada por varias contradicciones y tensiones debido a que es “una cultura donde predominan los intereses de las clases explotadoras y dirigentes y donde se encuentran manifestaciones propias de los trabajadores”¹⁹. Es conveniente añadir los particularismos gremiales, corporativistas y sectoriales diseminados a lo largo y ancho de la federación.

Consecuentemente, la cultura y las demandas políticas en el agro mexicano presentan, a su vez, una gran heterogeneidad. En efecto, sus múltiples actores defienden intereses disímiles, quizá contradictorios. Del lado de los oprimidos, “la reproducción social de la clase campesina ha implicado fundamentalmente la lucha por la tierra como el elemento central de sus movilizaciones”²⁰. Conviene

¹⁸ En una ocasión le dimos lectura de las atrocidades ordenadas por ciertos gobernadores hidalguenses en los años setenta, que quedaron del todo impunes de los crímenes que comandaron. Él se quedó callado, notablemente emocionado, asombrado en una prolongada tristeza. Después de un momento, dijo simplemente: “Eso no lo sabía. Nunca lo dijeron”.

¹⁹ Alonso y Rodríguez 1990, p. 345. Alonso, Jorge y Manuel Rodríguez Lapuente, “La cultura política y el poder en México”. En Hugo Zemelman (Coord.), *Cultura y política en América Latina*, México, Siglo XXI/UNU, 1990, pp. 342-377.

²⁰ En Warman 1984, p. 15. Warman, Arturo, “La lucha social en el campo de México: un esfuerzo de periodización”. En Pablo González Casanova (Coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, Tomo 1, Siglo XXI/IIS-UNAM, México, 1984, pp. 14-39.

agregar que sus movimientos giran de igual manera alrededor del respeto por sus valores y particularismos, derechos individuales y colectivos fundamentales, así como en torno a la defensa y protección de sus luchadores habitualmente hostigados, impedidos, amenazados y reprimidos en su integridad física y familiar.

Sea lo que sea, el partido revolucionario sin competidor capaz entonces de derrocarlo hace poco menos de un medio siglo, supo hábilmente utilizar a los campesinos para mantenerse en el poder²¹, esencialmente a través de las corporaciones campesinas oficiales²². Campesinos que a su vez aprendieron a usarlos en sus varios organismos con el objetivo de encontrar soluciones más o menos satisfactorias. En tal ejercicio demostraron sutiles estrategias de supervivencia y resistencia. “Teníamos que aprovechar de lo que salpicaba el partido”, zanja José Zúñiga.

No obstante estas interrelaciones que, en definitiva, más beneficiaron a los agricultores de escala importante, la disensión campesina se agudiza en el decenio de los sesenta y se vuelca irreversiblemente en la violencia agraria en el de los setenta. En la Huasteca, entre los muchos problemas agrarios que nunca fueron resueltos debido a una “Revolución que no pasó por ahí”, la concentración del capital en las manos de los latifundistas cohibe la apropiación de la tierra por los campesinos, mayoritariamente indios. Ahí, como en otros lugares, aunque de forma más sensible en la región, el sector campesino se ve afectado gravemente en su supervivencia. Pues no logra acumular el menor capital y sus bases territoriales son insuficientes para afrontar a los pudientes ganaderos y caciques. Su incremento demográfico redujo excesivamente la superficie laborable útil a su disposición. La CNC se muestra incapaz para resolver los problemas y la CCI es una alternativa insuficiente. El progresivo apego de esta última al PRI derramó la sospecha. Aparecen al calor de los movimientos de reivindicación incipientes organizaciones del todo independientes, apenas vinculadas entre sí, dado su carácter eminentemente local y sus evidentes desacuerdos “ideológicos” (o cooptación gremial). Pese a estas debilidades²³,

²¹ En definitiva, la obsesión por el poder que anima (-ba) al PRI, le obligaba a mantener un semejante de paz y equilibrio sociales –fuese con castigos, represión o premios– para asegurar su legitimidad como Estado heredero de la Revolución. Es sabido que la ideología campesinista, a través de los apoyos al pequeño productor, favoreció el mantenimiento de un imprescindible apoyo político por parte del sector campesino.

²² CNC, CCI, Antorcha, CAM, UGOCM-Jacinto López, para citar las principales.

²³ Warman 1984, op. cit., p. 32, estima que esta “desorganización” posiblemente evitaba estratégicamente los intentos de manipulación (y recuperación) por parte del Estado. Al respecto, don José relata la promesa formal de otorgamiento de numerosas hectáreas en San Felipe, por parte del presidente Echeverría. Ninguna parcela fue distribuida, al parecer por falta de voluntad

estos movimientos coincidieron en el objetivo de sus reclamos: la tierra y la aplicación de una justicia social definitiva.

Los sucesos violentos y desesperados ocurridos en la región de la Huasteca revelaron la incapacidad fundamental por parte de las corporaciones agrarias oficiales, por ende del Estado, de gestionar honorable y pacíficamente las demandas campesinas y hacerles justicia. Las negociaciones políticas, cuando tuvieron lugar, fracasaron todas cediendo el paso a la movilización ofensiva. Don José niega haber participado en actos violentos. Afirma haber predicado ingenuamente (en nuestra opinión) la paciencia a sus afiliados, confiado en las “bondades” de un régimen corrupto y represivo que, en las alturas, prometía, dejando a eslabones subalternos del poder la obligación de endosar la responsabilidad del no cumplimiento así como de la coerción, represalias y exacciones. Este lado de la guerra sucia, Zúñiga asevera desconocerla. Nosotros postulamos que no quiere reconocer que tuvo lugar, tal como los devotos de la religión ocultán las fechorías de sacerdotes cínicos.

En consecuencia, don José Zúñiga Flores fue ciertamente uno de estos defensores cuyo activismo pacífico y magnánimo contribuyó en varias ocasiones, si no a poner del todo en jaque las desmesuradas pretensiones de los poderosos, por lo menos a construir una calidad de vida sensiblemente mejor en el campo huasteco hidalguense²⁴. En el 2005, entrevistado acerca de problemas y exacciones graves ocurridas en contra de los citricultores de las imponentes comunidades nahuas de Ahuatitla y Huitzitzilingo (municipio de San Felipe Orizatlán), sin temor alguno todavía, expresó: “En Orizatlán, los alcaldes solo se preocupan por comprar buenos²⁵ ranchos²⁶, no por el pueblo”²⁷.

Lucha de un don Quijote infatigable contra los molinos de la corrupción cotidiana en México.

de un presidente municipal –“un rata completa que no hizo nada por el pueblo”, enfatiza Zúñiga– opuesto a la labor de los *ceceístas* en la zona. Existen seguramente otras explicaciones “oficiales”. En varias oportunidades, nuestro luchador, sin embargo responsable regional de la CCI, tuvo que actuar a escondidas, organizando reuniones secretas entre 4 o 5 campesinos, a lo máximo. Aun así, la delación era de regla y en nadie se podía confiar su vida, su familia, su choza.

²⁴ Vale mencionar entre sus varios logros, la implementación de escuelas bilingües en la región y el otorgamiento de muchas parcelas a indígenas que no disponían de terrenos cultivables. Igualmente en ciertas oportunidades denunció actos ineptos de corrupción.

²⁵ El autor asume la responsabilidad de afirmar que este tipo de prácticas parece seguir en la actualidad a sabiendas de la ciudadanía local.

²⁶ En México, la voz “rancho” sirve generalmente para designar una parcela de unas hectáreas utilizada principalmente para la agricultura o la ganadería.

²⁷ Publicado en volante *El Chiltepín*, Pachuca de Soto, 11 de junio de 2005, número 224.

Violencias, injusticias y desajustes sociales en la Huasteca

La violencia y la injusticia representan, al parecer desde tiempos antiguos, un problema inherente a la Huasteca, con unos topes preocupantes en la veracruzana, la hidalguense y la potosina, zonas singularizadas por un alto porcentaje de población originaria, sea nahua, teenek u otomí, para citar los grupos étnicos numéricamente representativos.

No será cuestión en este espacio preocuparnos exhaustivamente del lastre de una tragedia secular en la región²⁸, tragedia debida probable y paradójicamente a su afamada riqueza natural (hoy mítica), así como a su intrínseca complejidad. En otras palabras, postulamos que, con un ímpetu tal vez mucho más dramático que en otras regiones de la república mexicana, la exclusión y los despojos reiterados del campesino principalmente indio generaron como contraparte oleadas de violencias, reivindicaciones sociales más o menos organizadas, agrupaciones civiles campesinas, etc. Cada una ha procurado a su manera y con los medios que les parecieron adecuados, afrontar el espantoso problema de la usurpación territorial que ha sido y sigue siendo una plaga sufrida sin excepción por *todas* las comunidades originarias de los municipios huastecos.

Es legítimo instar que la tan enfatizada crisis del sector agrícola como discurso útil a la clase política neoliberal solo oculta formas de dominio y explotación excluyentes. Escenarios a los que se suman, entre otros factores, la “presión medioambiental, tenencia real o efectiva de la tierra o deterioro del tejido socio comunitario”²⁹. A favor de esta hipótesis, basta remitir al inmenso desamparo observado en el sector primario, sus altos niveles de marginación, rezagos, desesperación, etc. Estas últimas constataciones pueden ciertamente aplicarse como telón de fondo al problema estructural de la violencia en la Huasteca. En efecto, la exasperación del campesinado huasteco con motivo de la tierra puede llegar a ser paroxística como ocurrió en los decenios de los 70 y 80 con una crueldad difícilmente imaginable. La conciencia de los múltiples saqueos que le afectan han podido, en varios episodios de la historia, conducir al surgimiento

²⁸ Referimos al interesante ensayo de Ruvalcaba Mercado, Jesús, *Sociedad y violencia. Extracción y concentración de excedentes en la Huasteca*, Cuadernos de la Casa Chata, CIESAS, México, D.F. 1991.

²⁹ Ver Alonso Meneses, Guillermo, “Indígenas, campesinos, ejidatarios y emigrantes. Migración y transformación de las comunidades nahuas en la Huasteca Hidalguense”. Texto de la ponencia presentada en el Primer Coloquio Internacional *Migración y Desarrollo*, celebrado en Zacatecas los 23, 24 y 25 de octubre de 2003. 2003. Consúltese: http://meme.phpwebhosting.com/~migracion/ponencias/22_3.pdf. Fecha de la consulta: 12 febrero de 2013. Se cita de este trabajo la página 1.

de reivindicaciones sociales, la mayoría de las veces pacíficas aunque decididas. No obstante, la respuesta oficial a dichos movimientos la mayoría de las veces ha sido la opresión, la represión, las promesas políticas, la coerción y otras cosas por el estilo, todas indicando la poca voluntad para solucionar los problemas endémicos de la región como son la concentración de las tierras –por ende del poder– en las manos de pocos privilegiados (ganaderos opulentos, caciques, latifundistas), los desajustes sociales consecuentes, las políticas de “desarrollo” inadecuadas, la marginación, la compra del voto electoral, entre tantas plagas. En fin, se halla aquí el mero núcleo donde, como es fácil imaginárselo, brota la violencia política y social. Hoy, sea dicho entre paréntesis, los programas federales de apoyo “social” solo anestesian –¿controlan?– un descontentamiento latente pero cada vez más evidente³⁰.

Estar informado no implica tener conocimiento de las cosas. Este refrán es conocido y es legítimo aplicarlo en la región. Los medios de comunicación difunden hoy en día con mayor facilidad y permisividad los acontecimientos locales, regionales y nacionales. A pesar de este progreso que nadie podría negar, el conocimiento profundo de la Huasteca es difícil, además de que muchas informaciones valiosas duermen desconocidas –a veces amenazadas– en los archivos municipales³¹, estatales, parroquiales y otros (cuando no han desaparecido irreversiblemente). Es preciso mencionar igualmente la memoria colectiva o individual cuando varios testimonios valiosos pueden haberse esfumado definitivamente.

Por otro lado, en cierta medida, la considerable despreocupación ciudadana por la realidad campesina e india, tanto a nivel nacional como regional, merece ser señalada. Si no es el lugar para aventar en la arena debates especializados acerca de la democracia y la economía, es válido cuestionarse en torno al lugar *real* en el que se encuentran las Huastecas: al parecer solo evocan lugares míticos de abundancia y plétora. La realidad es muy diferente a la idílica y

³⁰ En términos de don José, “los campesinos con estos programas se han vuelto flojos. De veras... Esperan que su papá Estado le de su gotita de leche... Mientras tanto ya no trabajan la tierra. Todo se pierde”. Consúltese para tener un acercamiento general sobre Hidalgo, a López (2008). López Pérez, Sócrates, “Políticas públicas en el estado de Hidalgo: el caso de política social con un panorama amplio para su análisis”. En Assael Ortiz y María Félix Quezada (Coords.), *Etnicidad, migración y bienestar en el estado de Hidalgo*, UAEH, Pachuca, 2008, pp. 29-54.

³¹ Extraña ha sido, como lo manifestamos en otro lugar, la despreocupación del expresidente electo del municipio de San Felipe Orizatlán que nunca respondió positivamente a una oferta de digitalización gratuita del archivo municipal por el CIESAS, proceso del que nos hacíamos la interfaz.

complaciente referencia del imaginario nacional. Lamentablemente. Si, con motivo, Francisco Zapata puede afirmar que “la ciudadanía solo tiene sentido dentro del ejercicio de derechos democráticos en contexto identitario fuerte”³², es lícito cuestionar el nivel y la dimensión alcanzados por la ciudadanía y la democracia, no en la república mexicana, pero sí concretamente en Hidalgo³³. En efecto, muchos problemas sociales endémicos esperan todavía ser resueltos, antes de que germinen nuevos focos de reivindicaciones sociales fomentados en el fogón del menosprecio y en la negación de las peculiaridades genuinas de la Huasteca. Fortalecer la democracia existente en la actualidad es una tarea que debería obligar al poder ejecutivo, en los tres niveles de gobierno promovidos en México, a favorecer *en sus actos* los varios problemas inquietantes que la diversidad social, cultural y étnica encuentra para concertar un desempeño equitativo, para todos, de sus derechos sociales, educacionales y territoriales. En breve, se trata de calidad de vida, digna y suficiente y, pese a múltiples avances, subsisten los desafíos para mejorar una democracia vulnerada y la amplitud del desarrollo humano en México³⁴ y en Hidalgo, uno de los estados más desheredados de la Federación. Se trata en último análisis de justicia. Ello, en todo lo que este concepto abarca e implica.

Entre los años 70 y 90, como ápice culminante del resentimiento campesino acumulado desde decenios y siglos, las Huastecas hidalguense potosina y veracruzana conocieron un turbulento episodio en el que las autoridades de los tres niveles de poder aliadas tácita y descaradamente con los caciques, ganaderos pudientes y latifundistas, dieron paso a una represión lesiva contra los campesinos, principalmente indios, que habían iniciado una larga y compleja serie de acciones para recuperar sus tierras. Sencillamente para que se les hiciera justicia; al fin y al cabo, para afirmar sus derechos sociales básicos, tanto individuales como colectivos. Es primordial subrayar con Neri que, en la Huasteca y para los indios, las tierras son “un medio de subsistencia puesto que es una región carente de otras fuentes de empleo”³⁵. A la fecha, esta alternativa se ve quebrantada. Frente al

³² En Zapata, Francisco, “Ciudadanía, democracia y globalización”. En Vicente Arredondo Ramírez (Coord.), *Ciudadanía en movimiento*, UIA/Demos, México, D.F., 2000, pp. 303-315. Citamos la página 306.

³³ No se desea aquí poner en duda los pálidos esfuerzos de los gobernantes desde grosso modo 1994. Solo se cuestionan sus alcances *reales* en el adelanto social del capital humano en el estado de Hidalgo y en su Huasteca, donde lamentablemente se encuentran sus municipios más pobres.

³⁴ Emmerich et alii 2009. Emmerich, Gustavo E. et alii, “Informe sobre la democracia en México. 2009”, *Araucaria* N° 21, Sevilla, 2009, pp. 186-225.

³⁵ En su trabajo, Neri revisa breve pero claramente las varias etapas del movimiento campesino y las represiones consecuentes (2003, p. 236). Neri Contreras, Arturo, “Los campesinos, los

poder, frente a la lógica brutal de las armas, humillaciones, torturas y asesinatos, las múltiples centrales campesinas (ya existentes así como las en formación) pasaron por vaivenes de colapso, desmantelamiento, manipulaciones, dudas y fortalecimiento, cuyos resultados más notables, a pesar de su incapacidad para proponer alternativas coherentes, consiguieron una cuestionable reconfiguración social y, en su caso, una reconsideración en cuanto a la tenencia de la tierra en la Huasteca hidalguense.

Entiéndase que lograron obligar a los tres niveles de gobierno a “replantear la política agraria regional”³⁶, así como a negociar con la élite terrateniente sin que se sienta desfavorecida del todo, sin ofender por otra parte la dignidad india, habilitada para recuperar una parte de su espacio vital. Entre los campesinos, esta época turbia resultó en la afirmación de un profundo sentimiento regional —el “ser huasteco”—, a pesar de los lamentables rezagos adyacentes. Sin embargo, pocos años después, el gobierno federal abandonó constitucionalmente su política agraria con la drástica reforma al artículo 27º promulgada en 1992. Ello implicó una nueva serie de problemas relacionados con el campesinado pobre, el que a decir verdad no fue cabalmente beneficiado por las medidas a favor del otorgamiento de tierras laborables. En apariencia, el problema pudiera parecer haberse resuelto. En realidad se ha agudizado la profunda crisis del campo mexicano en la región. Campo mexicano que entró de hecho en un hondo agujero negro.

En la actualidad, la apertura democrática visualizada por la oferta partidista suscita contextos y problemas nuevos. De manera paralela, el impacto de las varias agrupaciones religiosas (principalmente protestantes) genera modificaciones y, en su caso, desemboca en disturbios en las comunidades indias. Oferta partidista y ampliación del mercado simbólico se juntan en cierta medida para reconfigurar su ordenamiento interno y sus efectos objetivos quedan todavía por ser evaluados y criticados. Es más, no solamente cuestionan la autoridad local y comunal, sino las relaciones y diálogos con las cabeceras municipales y con el ente estatal. Ejemplos de este nuevo dato se visibilizan en cada una de las entidades de la Huasteca hidalguense. Ciertamente existen todavía comunidades indígenas que se (auto) rigen internamente y en cierta medida por sus complejos sistemas normativos. Lo que les permite reproducir sus

ganaderos y el Estado. Actores en la lucha por la tierra en la Huasteca hidalguense, 1970-1990”. En Jesús Ruvalcaba y Juan M. Pérez Zevallos (Coords.), *¡Viva la Huasteca! Jóvenes miradas sobre la región*, CIESAS/El Colegio de San Luís, México, D. F. / San Luís Potosí, 2003, pp. 235-255.

³⁶ Neri 2003, op. cit., p. 254.

modos de pensar, organizar, luchar, mandar y dialogar, tanto al nivel interior como exterior. No obstante, si la “costumbre” indígena comunitaria, en ciertos casos, se ha podido mantener hasta fechas recientes como estructura suficiente y relativamente eficiente a nivel, digamos, intra- e intercomunitario y, de manera ya más problemática, con el plano municipal, nada indica que exista posibilidad verdadera para franquear estos horizontes y articular propuestas regionales y menos de índole más amplia.

Dicho de otra forma, en el plano microlocal las comunidades huastecas siguen en situación de aguda dependencia, quizás de cruda ignorancia, cuando se trata de abrirse a alturas más “globales”³⁷. Son de anhelar políticas aplicadas pro desarrollo local que unan lo que queda de las voluntades y muchas esperanzas de la gente india con el afán de fomentar participativamente sus acciones y articularlas con los flujos y reflujos externos. En breve, otorgarles una ciudadanía participativa plena en las esferas local, regional y global.

En la cotidianidad de estas comunidades, los partidos máximamente y, en nuestra opinión con mucho menor impacto, las disensiones religiosas han sembrado la división, el rencor y la sospecha entre vecinos, generando entornos de hostilidad y rencor³⁸. Situaciones que, en los contextos subalternos de rezagos, dependencia, escasez laboral, perturbaciones constantes de los mercados, conjunto sometido también a los caprichos de la naturaleza y a sus fluctuaciones climáticas, podrían tener consecuencias en todos los casos nefastas para el desempeño de la región. Por ejemplo, es sabido cómo la tradicional manera de organizarse y gestionar la autoridad entre los indios demuestra mecanismos sutiles para evitar la concentración del poder en pocas manos. Actualmente, este modelo se fractura y se multiplican los centros antagónicos de toma de decisiones. Entiéndase, las delegaciones locales. La aplicación de los “usos y

³⁷ Muchos actores locales en las comunidades campesinas son manipulados sin escrúpulo por varios individuos u “organizaciones”. ¿Por qué? Sencillamente la ignorancia aliada a una buena dosis de buena fe y de confianza otorgada a estafadores de índole múltiple aprovechando la falta de educación e información de un campesinado atrasado. Creemos que es necesario decir las cosas como son, sin disfrazarlas con palabras y conceptos postmodernos, es decir, insuficientemente precisos.

³⁸ Buen ejemplo de ello, los eventos ocurridos en la importante comunidad de Huitzitzilingo, municipio de San Felipe Orizatlán, en febrero de 2009. En efecto, una inmensa mayoría de los alrededor de 5 000 habitantes del vecindario contrapusieron una determinación firme a un dilema fomentado por facciones locales de PRI, a través de un delegado comunitario en turno manipulado, bloqueando para todo el año civil la representación interna y generando un movimiento cívico local cuyas consecuencias apenas se están visualizando a la hora de escribir estas líneas (octubre 2010).

costumbres” indígenas llega a ser confundida y señalada por “una ley arcaica de ‘desusos y costumbres’ cuya responsabilidad incumbe al PRI” (¡sic!)³⁹.

En sustancia, todo indica que las comunidades indígenas de la Huasteca van aprendiendo las nuevas reglas (no bien definidas todavía) del juego democrático, en el que irreversiblemente se mueve la república mexicana. Juego sutil, ingrato, quisquilloso en el que se presentan varias posibilidades a disposición de los más astutos. Es decir, preparados para sacar el mejor provecho. El bucle da vuelta. Es posible que la serpiente se muerda la propia cola. Generando otras fases de violencia, mejor conocidas como “guerras de baja intensidad”.

En definitiva, la Huasteca esencialmente indígena se ve probablemente amenazada hoy por hoy por la ruptura de sus equilibrios sociales, religiosos, políticos, medioambientales, étnicos y económicos. Cada uno de estos siempre ha sido frágil y por lo tanto difícil. Frente a estas remodelaciones profundas, queda abierta la pregunta: ¿cuál es el futuro para la Huasteca? Solo las mañanas por venir ¿nos indicarán los caminos que escogió recorrer? Quizá. En definitiva, *eso* es la Huasteca.

Sin embargo, tal como don José lo estima, los horizontes son sombríos. La corrupción sigue vigente, la inepticia de los que gestionan la vida municipal y de los que deberían tomar las decisiones adecuadas solo contribuye a enterrar una región espléndida pero olvidada. Con su mentor apuesta sobre la compleja posibilidad de fomentar pequeños proyectos de codesarrollo. Al nivel local. Solo al nivel local y contra un individualismo creciente.

Como conclusiones no definitivas

La historia del campo mexicano es, en definitiva, una historia triste. Su comprensión requiere de la consideración de múltiples ángulos disciplinarios que van desde la historia a la economía política sin descartar los enfoques derivados de la sociología y la antropología. Nuestro trabajo intentó considerar estos aportes fundamentales sin profundizar en ninguno de ellos. Fue una elección deliberada. El pretexto de la historia de la vida de un militante excepcional, personaje incomprensiblemente poco conocido en el estado de Hidalgo a pesar de sus proezas, favoreció un sobrevuelo sobre la dura realidad del agro hidalguense y, en definitiva, de sus protagonistas: indios, campesinos, hombres, mujeres y

³⁹ Entrevista con el conocido maestro activista (autoproclamado) de izquierda leninista, Arnoldo Rubio, vecino de Huitzitzilingo.

niños cuyas perspectivas se ven cada día más reducidas a recoger las migajas que salpican a discreción de los programas oficiales. Su otra alternativa dramática es la migración a Monterrey, al Distrito Federal, Guanajuato o Querétaro. Los más afortunados pasan a Estados Unidos, donde esperan construirse una vida mejor. Las consecuencias de estos flujos migratorios son preocupantes para el devenir de las comunidades debido a los desajustes observables en su reproducción social⁴⁰.

Don José hoy sigue viviendo en una humilde casa, en San Felipe Orizatlán, con su esposa Tina. Es un abuelo constantemente rodeado por sus hijos, todos profesionales. Es su orgullo para él que solo tiene un primaria cumplida y una vida de niño apenas criado entre la venta de panes y pilón, luchando por sus hermanitos y su madre. Se vanagloria con razón de haber adquirido rápidamente los rudimentos de la lectura, escritura y cálculo sin mucha ayuda, con un abecedario y unos retazos de periódicos encontrados en las calles. En los momentos que le dejan libre las personas que todavía vienen a pedirle una recomendación acerca de un problema agrario o un apoyo para la venta de un terreno, José Zúñiga lee los códigos penales y civiles de los varios estados que colindan con Hidalgo. “Siempre hay que saber cómo defender a la gente”, apunta.

Probablemente nuestro incansable luchador es un idealista, tal vez de otro tiempo. Pero ¿no será que nuestro mundo necesita de tales individuos utópicos soñando con contrarrestar la marcha ciega de la injusticia social, política, jurídica y económica? Los utopistas, se dice, sueñan desde una realidad conocida, deseada o rechazada. Privilegian siempre más “la imagen de la realidad que la realidad de la imagen”⁴¹ porque indudablemente la propia detenta ya los gérmenes de otra realidad en construcción.

José Zúñiga manifiesta con realismo una cierta desilusión. Pero sus ojos brillan con la luz infinita de los luchadores sociales. Tampoco parece aceptar plenamente haber sido manipulado y ciertamente utilizado como carne de cañón por una jerarquía politizada que entendió pronto el valor de este ser capaz y deseoso de defender, cueste lo que cueste, a su gente. José nunca percibió remuneración alguna, lo enfatiza con vanagloria. No obstante, sus hijos e hijas mayores, aunque abrumados cuando evocan ciertos recuerdos vergonzosos,

⁴⁰ Ver Duquesnoy, Michel, “Retos locales y migración en la Huasteca hidalguense, México”, *E20 Entre2orillas*, N° 3, 2009, Burgos, pp. 5-13, y Duquesnoy, Michel, “La Huasteca hidalguense, migración y retos locales en una región de fuerte concentración indígena”, *LIDER*, Vol. 16, Osorno, 2010, pp. 85-103.

⁴¹ Paquot, Thierry, *Utopies et utopistes*, Paris, La Découverte-Syros. 2007. Citamos la página 3.

deploran los abusos que sufrió su padre. Algunos lo admiran, otros respetan sus compromisos: pero los traumatismos sufridos dejan huellas. Las hijas menores desconocen la historia de su padre, “solo tenemos unas ideas”.

José Zúñiga, ni héroe ni santo: solo un luchador de convicción batallando contra los pillajes comunes del campo mexicano. México, sin duda, necesita de muchos hombres y muchas mujeres de esta estatura y valor.

Orizatlán, Zempoala (México) – Santiago de Chile

Anexos



El cuadrado indica aproximadamente la región de la Huasteca en el este de México

(Elaboración Ruvalcaba. Comunicación personal)



Estado de Hidalgo (centro) con San Felipe Orizatlán marcado por el círculo.
Mapa: <http://www.en.db-city.com/Mexico--Hidalgo--Orizatlán>.



El municipio de San Felipe Orizatlán se ubica en la parte noreste (oscura en la imagen), justo entre los estados de San Luis Potosí (izquierda) y Veracruz (derecha).

Fuente: desconocida